

EN MEDIO DE LA TEMPESTAD

Allá por los años 60, un papa anciano hoy casi olvidado inició una andadura para la Iglesia, para la que convocó un concilio, hoy casi tan olvidado como su promotor. Era un intento de abrir ventanas, actualizar la vieja maquinaria destinada a expandir por el mundo los vientos del Espíritu y del Evangelio, y a dignificar al hombre que estaba olvidando su dignidad de hijo de Dios.

Tormentas posteriores y, sobre todo, la gran tempestad, en medio de la noche, de la indiferencia religiosa, el laicismo militante y el envejecimiento de las cuadernas de la nave (los dirigentes de la Iglesia), en lugar de sugerir el despliegue de las velas para afrontar las nuevas situaciones, nos está llevando a un enrocamiento carente de confianza en las fuerzas del Espíritu.

En estas circunstancias, el próximo domingo nos salen al paso dos lecturas bíblicas que deberían llevarnos a inventar caminos nuevos, aunque sean pocos los que se atreven a transitarlos.

El primer relato es el de Elías, que después de haber caminado durante cuarenta días por el desierto, se encuentra con Dios. No, por cierto, en el espectáculo de grandes manifestaciones cósmicas, como el huracán o el terremoto, sino en el susurro de una brisa apenas perceptible. La “música callada” y la “soledad sonora” del Espíritu que se resiste a ser manipulado y a complacer los sentidos. Frente a los ruidos y bullicios confusos de nuestros medios de comunicación y de la calle urbana, es en el silencio o el amoroso susurro de la paz familiar y hogareña, donde seguramente podremos alcanzar el latido de Dios y de nuestro yo más profundo.

Más instructiva aún resulta la narración de la tempestad en la que se encuentran los discípulos de Jesús en medio del lago, en la oscuridad de la noche. Sí, hoy como siempre hemos de emprender una larga y dura travesía hacia “la otra orilla”. Hoy, en esta noche de la historia, ni siquiera intuimos donde está la otra orilla y cuando advendrá el fin de la travesía.

. Queda sólo la pura fe y el gritar con el Salmista y con Pedro cuando nos hundimos: “Sálvame, oh Dios, que estoy con el agua al cuello. Me hundo en el cieno del abismo y no puedo hacer pie, me he metido en aguas profundas y las olas me anegan” (Sal 69, 2-3).

Ante el mandato del Señor de adelantarnos a la otra orilla –otra sociedad, otra iglesia, otro mundo son posibles- lo único que cabe es no quedarnos donde estamos o anclar nuestra vieja barca, cuyas cuadernas crujen. Como Pedro, el rudo patrón de Galilea, hay que lanzarse al agua, en busca del Señor que, invisible aún, llega diciendo “YO SOY”, como el Dios de Moisés. Y que siempre tiende la mano a quien lo busca.

¿No será preciso que, también en la Iglesia, resuene el grito de “indignaos”, pero con mayor transparencia y con objetivos y medios bien definidos y concretos, aunque ciertamente poco o nada espectaculares?

JOSÉ MARÍA YAGÜE



Imagen de Sieger Köder